

porta saber para su bien temporal y eterno. Con razón vuelven, pues, los ojos á Roma los hombres de buena voluntad, ya que en Roma únicamente, donde el mal ha puesto su trono sobre ruinas sagradas, prepara la providencia de Dios por medio de sus Pontífices todo lo que está destinado á reconstruir la sociedad, hoy desquiciada y amenazada de muerte, sobre el fundamento que ya fué puesto desde el principio: Cristo Jesús.

Cierto para calcular la altura á que ha de llegar en cada época la civilización y el progreso, nacidos del Cristianismo, es preciso aguardar al desenlace final. La revolución francesa, originada de la filosofía incrédula, que á su vez procede de la reforma protestante, y todas las demás revoluciones que la han tomado por modelo, cuyo espíritu reina en la sociedad moderna, no han dado aún sus últimos frutos, de los cuales es claro indicio el odio que profesan á la Religión y á la Humanidad, representada en ciertas clases sociales, los hijos de aquel que fué homicida desde el principio. Ante las escenas de sangre y exterminio causadas de ese odio, que ya van pareciendo, hasta los ciegos habrán de abrir los ojos para ver que han errado el camino, y que hay que desandar lo andado y restituir lo robado. La Iglesia, enseñada y acostumbrada por su divino Esposo á esperar, espera en efecto ahora, como ha esperado tantas otras veces, aun contra toda humana esperanza¹, no siendo de temer que la divina Providencia deje de venir ahora también en su auxilio y de coronarla nuevamente con la victoria.

Cuando llegue esa bendita hora se verá que "todo lo que *las ciencias, las artes y la industria humana* han inventado para la comodidad y las necesidades de la vida, todo lo que no es *libertinaje*, sino *libertad* verdadera y digna del hombre, *todo eso lo bendice la Iglesia* y puede tener amplia aplicación en el Principado civil de los Papas²". Entonces se verá realizado

¹ ... *speramus in spem contra spem*. Palabras del Papa ANASTASIO citadas en la *Historia de la Iglesia* del ilustre profesor BRÜCK, 55, 78.

² Encíclica *Immortale Dei*.

en su más pura forma el concepto verdadero de la civilización y del progreso; forma que asimismo habrá de verse en los demás Estados cristianos y servir de nuevo argumento con que evidenciar la existencia de una ley, ó mejor dicho, de un plan altísimo de la Providencia, según el cual son regidas las cosas humanas de manera que en ellas vayan siempre en aumento sobre la tierra la gloria externa de Dios y la paz y felicidad de los hombres de buena voluntad.

IV

Aunque expresamente no he declarado en lo que acabo de exponer las causas todas del movimiento progresivo de la Humanidad, creo, sin embargo, haber insinuado con la claridad necesaria los principios de donde ese movimiento procede. Estos principios son, unos internos, y externos otros. Llamo *principios externos* á la causa eficiente de los principales sucesos del género humano, ó sea á la acción compuesta de la providencia de Dios y de la libre voluntad del hombre, y á la causa final á que todos ellos se ordenan, ó sea á la gloria de Dios y á la felicidad del hombre, anunciadas en el nacimiento de Cristo; y llamo *principio interno* del desenvolvimiento progresivo de la Humanidad en la sociedad cristiana al espíritu de fe y vida sobrenatural que Dios infunde en las almas por ministerio de la Iglesia, espíritu que, restableciendo en ellas la semejanza con el mismo Dios, las dispone y hace aptas para formar parte de la ciudad de Dios descrita por SAN AGUSTÍN. Sin el concurso de todos y de cada uno de estos principios, no es posible el progreso que acabo de exponer, y la Historia viene á ser un verdadero caos, un laberinto inextricable sin entrada ni salida, donde el entendimiento, no hallando ninguna luz ni explicación alguna de los hechos que tiene ante sus ojos, se ve reducido en los estrechos límites de lo individual y contingente sin poder asignarles razón alguna que los explique.

Si los racionalistas fueran lógicos y sinceros, al tiempo de negar tales principios deberían confesar esta verdad y renunciar á toda explicación filosófica de la Historia; pero acontece que, así como en el orden especulativo todo han pretendido construirlo *a priori* sobre fundamentos puestos por "la razón pura", acomodando después á sus teorías el orden de la vida moral, incluyendo en ella la vida política y aun la religiosa, así han ideado también principios y leyes con que explicar la serie de los acontecimientos humanos, esforzándose además á convertir en desenvolvimiento ordenado y metódico de la Humanidad toda la trama de la Historia.

Excusado es repetir que la ley suprema que rige los acontecimientos humanos, según todos los filósofos racionalistas, es la supuesta ley fatal y necesaria del progreso, por el cual entienden el desenvolvimiento orgánico y continuo de la Humanidad en dirección á su perfección y felicidad, mediante la cultura cada vez más elevada de sus facultades ó potencias.

A la verdad, no reconociendo los filósofos á que me refiero, en el orden histórico al menos, ni la libertad de albedrío del hombre ni la providencia de Dios, la ley á que sujetan las acciones humanas tiene de ser puramente física y, por consiguiente, necesaria; y no admitiendo tampoco que el hombre esté ordenado á la suprema bienaventuranza del Cielo, donde espera gozar del sumo bien, que es Dios, mediante las buenas obras que hace en el mundo con el auxilio de la divina gracia, no es de maravillar que pongan la felicidad del hombre en el mero desarrollo de sus potencias, esto es, en el hombre mismo, según que á sí propio se tiene por fin.

Tales son los principios negativos, ó, mejor dicho, los errores naturalísticos y por la mayor parte panteísticos de que ha sido engendrada la ley fatal del progreso continuo en los sistemas de filosofía que han privado desde fines del siglo pasado en Europa, principalmente en Alemania, de donde ha partido en todas direcciones el racionalismo de que está penetrada la ciencia y la vida moderna en todas sus esferas.

Espero que los lectores de DONOSO CORTÉS no llevarán á mal que ocupe yo su atención para confirmar este juicio exponiendo las principales ideas que implica "la ley fatal del progreso", según los más renombrados pensadores alemanes. Y pues el padre de todos ellos, el fundador del racionalismo germánico, fué el famoso profesor de Königsberg, MANUEL KANT, veamos á qué se reduce acerca de dicha ley su desdichada teoría. Sabido es que en los ojos de este filósofo la libertad es uno de los tres postulados de la razón práctica¹; los otros dos son Dios y la inmortalidad del alma. Qué entendiera KANT por *libertad*, ni hay necesidad de investigarlo ahora, ni sería fácil comprenderlo; el mismo KANT tampoco lo comprendía. "Nosotros, dice, no comprendemos ciertamente la libertad; pero comprendemos que es incomprendible, y esto es todo lo que razonablemente puede exigirse á una filosofía que aspira á llegar á los últimos términos de la razón²." Debe advertirse además que la libertad exigida y no demostrada por el autor de la *Critica de la razón práctica* pertenece en su doctrina á un mundo inteligible separado del mundo de los hechos históricos, regidos por leyes físicas como los fenómenos del mundo exterior, y determinados por motivos é influencias extrínsecas que determinan el carácter de cada hombre y nos hacen obrar de una manera necesaria. "Dados, dice, el carácter de Ricardo III y las circunstancias de la época, todas sus infamias serían tan necesarias como el movimiento de un cuerpo impulsado con fuerza suficiente por otro³." No es mucho, por consiguiente, que en esta doctrina de KANT, la llamada ley del progreso sea, como cualquiera otra ley, verdaderamente fatal.

Ahora, ¿en qué consiste, según el pensamiento de KANT, la ley del progreso?

Para responder á esta pregunta es preciso antes saber cuál

1 O lo que es lo mismo, una "suposición necesaria de la razón en un ser que cree tener conciencia de voluntad", ó "una pura idea de nuestra razón cuya realidad objetiva es dudosa porque no puede ser demostrada." (*Critik der praktischen Vernunft*, Bd. 4.)

2 Ap. JUL. SCHMIDT, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, Einleitung, pág. LXII.

3 *Ibid.*, LXI.

es el término ó ideal á que se dirige, según el mismo KANT, la humanidad en su imaginaria marcha progresiva á través del tiempo y del espacio.

“El objeto necesario, dice KANT, de toda voluntad racional creada, es que sea obrado el bien mayor en el mundo (*die Bewirkung des höchsten Gutes in der Welt*). En este altísimo bien deben considerarse dos elementos: la *santidad*, ó sea la plena conformidad del ánimo con la ley moral (*der völligen Angemessenheit der Gesinnung zum moralischen Gesetz*), y la *felicidad* que de ella se sigue, ó sea “el estado de un ser á quien todo le viene á la medida de su deseo” (*den Zustand eines Wesens, dem im Ganzen seiner existenz all es nach Wunsch und Willen geht*). Ahora bien: en lugar del eterno descanso que se sigue de la posesión de nuestra última perfección, en la cual consiste la verdadera felicidad, KANT pone, como destino del hombre, *el progreso hacia una felicidad que nunca puede ser alcanzada por la criatura racional*¹. La razón de no poder ser alcanzada nunca la santidad en este mundo la deduce KANT considerando á la misma santidad como necesaria, según el postulado de la razón práctica (en el cual se funda la inmortalidad del alma); pero sin poderse nunca cumplir por ningún ser racional de este mundo sensible en ningún momento de su existencia (*in keine Zeitpunkte seines Daseins*). “Fuerza es, por tanto, concluye KANT, que jamás se llegue á este destino por alguna manera de progreso *in infinitum* hacia aquella plenísima conformidad;” y, por tanto, que “en este mismo práctico progreso se ha de reconocer el objeto real de nuestra voluntad.” Después de lo cual añade que la condición para alcanzar la felicidad que corresponde á la santidad moral, es semejante á la que requiere la consecución de la santidad: “consiste, pues, en un progreso infinito y en la totalidad de ese progreso, que nunca, por consiguiente, puede ser alcanzado plenamente por la criatura.”²

¹ Ap. MEYER, S. J., *Inst. juris natur.*, sec. 1, l. I, c. 11, art. 2.

² MEYER, S. J., *Inst. juris natur.*

Tal es, según el padre del racionalismo contemporáneo, el fin á que, naturalmente, tiende la *Humanidad*, sin poder alcanzarlo jamás; su destino es desarrollarse progresivamente, procediendo en pos de un ideal necesario, y como tal, irrealizable en el tiempo, donde todo es contingente. Y cuenta que á todo esto, con relación á semejante destino, no figura en esta doctrina el individuo, sino la Humanidad; el individuo, como tal, está condenado en ella á perecer; la Humanidad, esto es, la especie humana, es la llamada á desenvolverse progresivamente en esa dirección sin término alguno definido. “Todas las aptitudes naturales de una criatura, dice KANT, están determinadas á desarrollarse plena y convenientemente. Pero esto en el hombre individuo no es posible, porque es necesaria una serie de generaciones inasignables para que se desarrolle la razón aun sólo por aproximación en cuanto es posible. No ya, pues, en el individuo, sino sólo en la especie, es donde alcanza el hombre su destino. (*Nicht in individuum, nur in der Gattung erreicht der Mensch seine Bestimmung.*) La naturaleza ha querido que el hombre no participe de otra felicidad ó perfección fuera de la que él se haya creado para sí mismo por medio de la propia razón (*als die er sich selbst durch eigene Vernunft*). Si el intento de la naturaleza hubiera sido que el hombre viviese vida perfecta en el ser de cada individuo, no hay duda sino que habría errado, empleando para este fin medios inconducentes.”

¿Quiere saber ahora el discreto lector de qué medios se ha valido la Naturaleza para producir el desenvolvimiento de la Humanidad? Pues continúe prestando atención á las palabras de KANT: “El medio, dice, de que se sirve la Naturaleza para realizar el desenvolvimiento de todas las aptitudes naturales del hombre, es el egoísmo (*die menschliche Selbstsucht*). Sin el antagonismo que de este interés procede, los hombres apenas darían más valor á su existencia que á la de los animales domésticos (*als ihr Hausvich*); no llenarían el espacio que ocupan en la creación como seres racionales. ¡Gracias sean, pues,

dadas á la Naturaleza (*Dank sei also der Natur*) por las antipatías mutuas de los hombres, por sus vanidades rivales, por su avaricia y su ambición nunca satisfechas! Sin ellas dormirían con perpetuo sueño, sin desarrollarse, las fuerzas excelentes de la humanidad. El hombre individual quiere vivir en paz, mas la Naturaleza, que sabe mejor que él lo que conviene á su especie, está por la discordia. (*Der Mensch will Eintracht, aber die Natur weiss besser, was für seine Gattung gut ist: sie will Zwietracht*)¹.

La naturaleza humana es, pues, antitética, según KANT, y la Historia es un combate en que abunda la variedad de los intentos. La lucha comenzó entre la cultura helénica y la barbarie asiática, donde ya se muestra en forma consciente esa contradicción radical. Conforme á esta supuesta ley explicó también el filósofo alemán, en el escrito intitulado *Probable principio de la historia humana* (1786), la caída de nuestros primeros padres, que él tenía por un mito ó representación simbólica del desarrollo de la libertad desde su condición primera en la Naturaleza del hombre, ó sea como un paso dado por el hombre al salir del estado de tutela en que la naturaleza le tenía, para entrar en el estado de libertad.

Según esta vana suposición de KANT, esa transición, considerada respecto de la especie humana, fué de lo malo á lo mejor; mas para el individuo resultó funesta, porque antes que despertara la razón no había ley ninguna, ni era, por consiguiente, posible ninguna transgresión. Luego, empero, que la razón comenzó á ejercitarse, estando todavía débil y ligada con la parte animal y sus impulsos, surgieron la maldad y el vicio, extraños hasta entonces al hombre en el estado de la inocencia, ó sea de la ignorancia.

El primer paso progresivo con que salió el hombre de tal estado de inocencia fué una caída, y para el individuo, que en el uso de su libertad sólo se ve á sí mismo, hubo en esa transición una pérdida; mas para la Naturaleza, que ordena á la

¹ Ap. SCHMITZ, *Einleit.*, pág. LXVI.

especie sus miras sobre el hombre, fué una ganancia. Aquél toma de aquí razón para imputarse á sí mismo todo el mal que sufre y todo lo malo que hace; pero como miembro del todo (de una especie), debe de celebrar la conveniencia de esta ordenación. "Así, añade KANT, puede reducirse á verdadera armonía la contradicción aparente (!) de Rousseau, quien después de haber mostrado rectamente (!) la inevitable contradicción de la civilización con la naturaleza de la especie humana, físicamente considerada, dentro de la cual cada hombre debe alcanzar eternamente su destino, trata de resolver el difícil problema, que consiste en saber cómo debe venir la civilización á desarrollar las aptitudes de la Humanidad en dirección á su destino; contradicción de que proceden todos los verdaderos males que pesan sobre la vida y todos los vicios que la deshonoran. Los incentivos del vicio son en sí buenos como disposiciones naturales; mas habiendo sido puestos en el mero estado natural, padecen detrimento por efecto de la civilización y hacen daño á ésta hasta que el arte más perfecto se convierte á su vez en naturaleza; como que en esto consiste el último fin del destino moral de la especie humana (*als welches das letzte Ziel der sittlichen Bestimmung der Menschegattung ist*)"¹.

He puesto ante los ojos del lector este pasaje de KANT, porque en él se mira compendiada toda su teoría del progreso, y porque en este punto, como en casi todos los demás, la doctrina de este autor es la raíz de donde proceden todos los errores del racionalismo contemporáneo. Por lo cual, antes de seguir adelante, paréceme conveniente apuntar los que bullen, por decirlo así, en las anteriores líneas.

Lo primero, finge KANT, como término del desarrollo de la Humanidad, un ideal, no solamente quimérico, sino absolutamente falso, pues lo pone en la santidad y bienandanza del hombre en la tierra. Empezando por la santidad, por la cual entiende el filósofo alemán el pleno dominio del espíritu sobre

¹ Ap. SCHMITZ, *Einleit.*, pág. LXV.

las pasiones y apetitos inferiores, debo observar que tal santidad es una perfección, si así puede decirse, puramente negativa, que excluye el ejercicio positivo y real de las virtudes, las cuales inclinan el ánimo á todo género de obras buenas y heroicas, de sacrificios sublimes, inspirados al cristiano por el amor de Dios. En el sistema kantiano este divino amor, que informa la vida de los santos, brilla completamente por su ausencia, y aun es tenido por imposible: no es maravilla, pues, que el autor del *imperativo categórico* no acertara á ver la santidad positiva de los héroes cristianos, ni reconociera el progreso moral en los individuos, siquiera fuesen aquéllos que en el seno de la Iglesia van procediendo de virtud en virtud hasta el monte de la perfección, en quienes se va formando sucesivamente la semejanza de aquel que es su cabeza, dechado divino, perfectísimo, de todos los verdaderos santos; ni es, en suma, extraño que pusiera la santidad en un estado de impasibilidad estoica, orgullosa y estéril, á que nunca ha de llegar por cierto ningún humano.

Tocante á la otra parte de dicho quimérico ideal, sabido es que la felicidad del hombre en esta vida se cifra principalmente en la esperanza de la gloria advenidera: privada de esta dulce esperanza y reducida á la posesión de los bienes visibles en la presente vida, la felicidad es un fantasma, una seductora mentira. KANT pretende de Dios ó de la Naturaleza que allá, en el mundo ideal que él soñó, pongan paz y armonía entre la dicha y la virtud, divorciadas una de otra acá en la tierra; mas no quiso por ventura advertir que no siendo Dios en el sistema de moral kantiana ni principio ni fin de la virtud, ni autor ni vengador de la ley, el obligarle á hacer felices á hombres que empiezan por declararse autónomos é independientes del mismo Dios, sobre ser un verdadero contrasentido, es un insulto á la Majestad divina.

El lector no habrá podido menos de notar en la concepción del progreso kantiano uno de los caracteres que distinguen á la filosofía moderna: el *naturalismo*, ó mejor dicho, el horror

á lo sobrenatural. Lejos de ver y admirar en el movimiento histórico de los pueblos la realización de un plan concebido por Dios desde la eternidad, en el cual están comprendidos los sucesos todos, ordenados á la glorificación de Dios y á la paz y felicidad de los hombres con y por Jesucristo, esa filosofía, no menos estrecha y ruin que orgullosa, no acierta á ver otra cosa que símbolos y mitos aun en los hechos mismos histórico-dogmáticos, de los cuales abusan hasta el punto de convertirlos en argumentos de sus propios errores.

Nótese asimismo que cuando habla KANT de cierta ordenación de la naturaleza, ó de Dios respecto de las pasiones y de los vicios, según que conducen al ideal del humano progreso, lo que hace es destruir, cuanto es de su parte, el concepto de la divina Providencia, suponiendo que Dios se sirve de ellos queriéndolos y produciéndolos para el bien de la especie humana. Esa escuela olvida que el fin no justifica los medios, y blasfema de lo que ignora al afirmar que Dios quiere y produce el mal dando al hombre una inclinación invencible á lo que esencial y necesariamente es digno de odio y menosprecio. No es esto, ciertamente, lo que enseña la verdadera Filosofía, confirmada por la fe. Dios no quiere el mal, sino simplemente lo sufre atento que, sin él, carecería el universo de muchos y muy excelentes bienes; si Dios no hubiera permitido los suplicios decretados por los tiranos contra los discípulos de Cristo, no hubiera resplandecido en ellos con inmarcesible belleza la heroica paciencia de los mártires. Donde claramente se nos ofrece de nuevo la sublime doctrina neseñada por el grande Obispo de Hipona: que Dios omnipotente no habría permitido que hubiese mal alguno en sus obras si su misma omnipotencia y su bondad no fueran poderosas á hacer bien de lo que es mal ¹.

Por lo demás, no deja de ser extraordinariamente curiosa, y muy para ser notada, la conformidad de la doctrina del progreso, según KANT, con el sistema de ROUSSEAU sobre el ori-

¹ "Deus omnipotens nullo modo sineret malum aliquod esse in operibus suis, nisi usque adeo esset omnipotens et bonus, ut bene faceret etiam de malo." (*Enchir.*, cap. XI.)